

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL NUEVO DOCTOR GEROLD HILTY

*Excmo. Señor Rector Magnífico
Miembros del Claustro Universitario
Dignísimas Autoridades
Señoras y Señores*

ANTES de todo quiero expresar a la Universidad de Zaragoza y a sus Autoridades la más profunda y sincera gratitud por el honor que me hacen otorgándome el Doctorado Honoris Causa. Es un gran honor para mí personalmente, pero también para mi familia, mi universidad, mi país.

En este momento lleno de felicidad, mis pensamientos vuelan primero hacia el pasado, concretamente hacia el verano de 1950. Entonces pasé por primera vez una temporada prolongada en España, siguiendo un curso organizado por la Universidad Hispanoamericana de Sevilla en Santamaría de La Rábida (provincia de Huelva). Un año más tarde volví a España, a Madrid esta vez, para elaborar, como becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, mi tesis doctoral. Mi maestro Arnald Steiger, famoso por sus estudios sobre la fonética del hispano-árabe, me había propuesto un tema fascinante: «La creación de la prosa literaria castellana en la época de Alfonso el Sabio». Sin embargo, a medida que progresé en mi trabajo, me di cuenta de

que aún no era posible tratar el tema previsto, puesto que muchos de los textos de la época alfonsí no estaban todavía editados o estaban editados en forma no fidedigna. Por eso me decidí a contribuir a la creación de una base sólida sobre la cual, un día, se podría estudiar la formación de la prosa literaria castellana en el siglo XIII. Éste fue el origen de mi edición de un texto alfonsí inédito, *El Libro conplido en los iudizios de las estrellas*, famoso tratado árabe de astrología judiciaria, traducido al castellano en la corte de Alfonso el Sabio. El proyecto inicial fue relegado a una larga introducción, en la cual esboqué, sin poder resolverlos todavía, los problemas de la creación de una prosa literaria castellana en la época alfonsí. Después de la publicación de mi edición del *Libro conplido* (por la Real Academia Española), no dejó de interesarme el problema de la sustitución del latín por el romance como lengua escrita y literaria, y recientemente todavía he publicado un estudio sobre «La aparición del romance en la cancillería de los reyes de Castilla en la primera mitad del siglo XIII».

Pero sobre todo me siguieron interesando los problemas del *Libro conplido*, la persona del traductor Yēhudá b. Mošé, cuya vida creo haber podido reconstruir, la traducción judeo-portuguesa de las partes 4 a 8 de la obra, hecha a principios del siglo XV y conservada en escritura hebraica, así como otros aspectos de la traducción alfonsí. Y hay más: cuando, en 1954, publiqué la edición del *Libro conplido* según el códice custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid (probablemente original del siglo XIII), se creía que las partes 6 a 8 de la traducción castellana de la obra árabe, que consta de 8 partes, se habían perdido. Sin embargo, en los años sesenta, un investigador francés, Guy Beaujouan, encontró en Valladolid y en Segovia dos manuscritos que contienen, por un lado, la parte sexta, y, por otro, la parte octava de la versión castellana, de manera que de la traducción hecha por Yēhudá b. Mošé no se ha perdido sino la parte séptima de la obra. Esta laguna, sin embargo, se puede colmar con el texto de la traducción judeo-portuguesa, que, en general, sigue palabra por palabra el texto español, como se puede deducir tras el cotejo de las partes conservadas en las dos versiones. Dadas estas circunstancias, me he decidido a completar mi edición del *Libro conplido*, elaborando, a casi medio siglo de distancia, un segundo tomo de mi tesis con la edición de las partes 6 a 8 de la obra. Así, Alfonso el Sabio ha estado, está y estará presente en una parte importante de mi vida de investigador.

Junto a esta *a*, que es la letra inicial de *Alfonso*, ha habido dos *aes* más que desempeñaron un importante papel en mi vida de hispanista: la que principia la palabra *amistad* y la que encabeza la voz *Aragón*.

Durante la elaboración de mi tesis en el año académico 1951-52 y en la segunda parte del siguiente año académico viví en la residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en la calle del Pinar, n.º 21. Allí conocí a Félix Monge, y en el transcurso de algunos meses nació entre nosotros una amistad inquebrantable. Un primer fruto de ella fue que Félix Monge, en el otoño de 1953, se hizo cargo del lectorado de español en la Universidad de Zúrich. Se quedó en Suiza trece años, combinando, a partir de los años sesenta, con la función de lector la de *Privatdozent*. La presencia de Félix Monge en Zúrich fue para mí de gran importancia. La cátedra que la Universidad de Zúrich me confió en 1959 fue, en primer lugar, una cátedra de francés.

Mis intereses hispanísticos tuvieron que pasar a un segundo plano, lo que se nota también en mis publicaciones de entonces, dedicadas sobre todo a problemas de sintaxis y semánticas francesas, a diferencias de estructuras entre el francés y el alemán, a los primeros monumentos de las lenguas galorrománicas y, en otro campo que para mis investigaciones siempre ha sido y sigue siendo importante, al estudio de los topónimos de origen románico en la parte nororiental de Suiza, testigos de una extensión mayor del dominio retorrománico. Si entonces no perdí el contacto con la filología española, fue en gran parte gracias a Félix Monge. En colaboración con él traté en mi enseñanza «Problemas de sintaxis española», «La poesía de Luis de Góngora», etc. Ya después de que Félix Monge hubiera regresado a España para hacerse cargo de una cátedra en la Universidad de Santiago de Compostela, gracias a la creación de una nueva cátedra de filología francesa, pude seguir el proverbio francés *On revient toujours à ses premiers amours* y volver a dedicarme más, en la enseñanza y la investigación, a la filología hispánica. Huelga decir que también después del regreso de Félix Monge a España, nuestros contactos siguieron siendo intensos y mi amigo nos acompañó en varios viajes de estudio que hice por España con estudiantes de Zúrich. Y hay más: durante los dos años que fui rector de la Universidad de Zúrich y no pude mantener la enseñanza de la filología española, una alumna y un alumno de Félix Monge vinieron a sustituirme: María Antonia Martín Zorraquino y Emilio Ridruejo. Un tercer discípulo de Félix Monge, Francisco Val, me sustituyó más tarde durante un

semestre sabático. Todo esto ha sido posible gracias a la amistad que se originó en la calle del Pinar en Madrid, a principios de los años cincuenta.

La tercera *a* es la letra inicial de *Aragón*. Es verdad que mis primeros estudios hispánicos estaban orientados hacia Castilla, hacia la actividad de Alfonso el Sabio y sus colaboradores, centrada en Toledo. Luego mis intenciones se dirigieron también hacia el sur de la península ibérica y a la situación allí creada por la dominación musulmana. Durante mis estudios en Madrid seguí también cursos de árabe y empecé a interesarme por la llamada lírica mozárabe, descubierta poco antes. Es verdad que dos de los *ḥaraġāt* con elementos romances aparecen en poemas de poetas zaragozanos (al-Ġazzār, Ibn Mālik), es verdad también que en Zaragoza, hace unos veinte años, conocí a aquel arabista que desde entonces se ha convertido en el mejor conocedor de las *ḥaraġāt* (y además en buen amigo mío), Federico Corriente. Sin embargo, todo esto no habría bastado para justificar la tercera parte de mi discurso dedicado a Aragón. El punto de partida de mi interés científico por Aragón se encuentra en el estudio del *Poema de Mio Cid*, de las *Glosas Emilianenses*, del *Auto de los Reyes Magos* y de las obras de Berceo. Que el Cid pasara por Aragón está fuera de duda. Pero ¿cuáles son las huellas que este paso dejó en el *Poema*, huellas geográficas, onomásticas y a lo mejor también lingüísticas, y cuál es la historicidad del *Poema*? Tales fueron los problemas estudiados en un seminario que dirigí en Zúrich y que fue completado con un viaje de estudios por Aragón. Otro problema que me fascinó: ¿cuál es la base dialectal de las *Glosas Emilianenses*? No creo que sea aragonesa, como se ha pretendido. A mi modo de ver, es riojana; pero la lengua de la Rioja sólo se puede comprender si, en una primera etapa de la evolución, se admiten lazos estrechos con el aragonés, con una antigua unidad lingüística formada por los dialectos del valle del Ebro. Esta orientación primitiva de la Rioja se refleja también, según creo, en la lengua del *Auto de los Reyes Magos* y ha dejado sus huellas en la lengua de Berceo y en la del *Libro de Alexandre*. Por otro lado, elaborando un largo estudio sobre «Las “scriptae” aragonesas y navarras» que los editores del *Lexikon der Romanistischen Linguistik* me habían pedido, me di cuenta de la riqueza de los textos medievales redactados en aragonés. Un punto culminante —pero, en cierto sentido, también final— fue la obra de Juan Fernández de Heredia, cuya lengua tiene como centro de gravedad el aragonés, alrededor del cual gravitan rasgos castellanos y catalanes, según las obras y los manuscritos en órbitas más o menos lejanas. El último viaje de

estudios que hice con estudiantes de Zúrich estaba dedicado a la situación dialectal de Aragón en la actualidad. Los suizos alemanes, que defendemos con éxito nuestro dialecto alemán frente al alemán literario, tenemos mucha simpatía por los dialectos de los valles pirenaicos del Alto Aragón y esperamos que éstos se conserven, lo que no implica la necesidad de la creación de una forma estándar. La riqueza dialectal no reside en la fijación por escrito, sino en el uso vivo. Para los dialectos de la Suiza alemana tampoco existe una forma escrita sancionada, oficial. Si alguien escribe en dialecto, lo hace de una manera espontánea.

Alfonso - Amistad - Aragón. Me resta sólo añadir una palabra: ¡Gracias!

Gerold Hilty